

Presidir la Eucaristía

Introducción

Como recuerdo del año de la Eucaristía, y con actitud de acogida a las propuestas del reciente Sínodo de los Obispos, os propongo un ejercicio de oración muy propio y totalmente específico de nuestro ministerio. Hemos sido ordenados presbíteros, entre otros, con el fin singular de *presidir la Eucaristía, somos para la Eucaristía*. La oración puede empezar deteniéndonos con serenidad ante el hecho de que sin el sacerdote no puede celebrarse la Eucaristía. Sin presbítero no hay Eucaristía. Así está de profundamente anudada nuestra existencia, limitada y pobre, a la Eucaristía.

Este hecho produce vértigo, si lo pensamos con detención. Es una afirmación estremecedora.

Os propongo esta sugerencia para la oración personal, como retiro de Adviento, para la Eucaristía existe gracias a la Encarnación. En el “*Ave verum*” cantamos a la Eucaristía, como el “cuerpo verdadero, nacido de Santa María Virgen”. La Eucaristía es una profesión de fe en que el Señor realmente vino al mundo y se quedó con nosotros de modo extraordinario y único en este Sacramento. Viene cada día al altar. Y es igualmente cierto que la Iglesia celebra la Eucaristía con tensión escatológica, esperando al Señor, hasta que vuelva. ¡Ven, Señor Jesús! pedimos en cada Eucaristía.

1.- Como a creyentes en Jesús nos toca de lleno, con gozo también, y de modo muy directo, cuanto afirmamos y creemos de la Eucaristía, cuanto hemos recordado a nuestras comunidades en este año de manera especial. Fue una feliz idea, una propuesta del Espíritu, hacernos reposar durante estos doce meses, con fuerza especial, en la centralidad de la Eucaristía, como fuente de vida, como raíz y fundamento de nuestra misión, de nuestras comunidades, de cada comunidad parroquial.

De esta comunidad afirmó repetidamente el Concilio, y es una afirmación del Papa Juan Pablo II, que la “Parroquia es una comunidad eucarística”. Y es precioso el comentario que el Papa nos propone (Cf ChL, 26). Lo que leamos y oremos a nosotros nos afecta de modo envolvente, porque se nos ha confiado *presidir* la grandeza necesaria de la Eucaristía en la comunidad parroquial, sobre todo.

2.- Esta grandeza única e inesperada tiene la categoría de *vital*. Porque se nos invita a entrar de lleno en el dinamismo que encierra el creer que la “*Iglesia vive de la Eucaristía*”. Es decir, con esto creemos y sostenemos que la salud limpia y contagiante de nuestras comunidades, nuestra salud personal de creyentes en

Jesús depende de la Eucaristía, de cómo vivimos y celebramos la Eucaristía. Por eso nos llama a poner en primer lugar a la Eucaristía. Es una vuelta sincera y necesaria a las fuentes.

Os hablo de volver a las fuentes. Porque la Eucaristía ha alentado y alimentado a la Iglesia durante veinte siglos. La Iglesia en estos dos mil años siempre la ha celebrado. Y seguirá viviendo de ella. Sin duda hemos repetido el testimonio espléndido, profundo y espontáneo de los mártires de Abitene: *“Los cristianos no podemos vivir sin el domingo”*. Los cristianos vivimos del domingo ¿Podemos vivir los presbíteros sin la Eucaristía? Son incontables los testimonios en el Concilio sobre el sacerdote y la Eucaristía, y en PDV, que se resumen en esta afirmación de PO, 14: La Eucaristía, el sacrificio eucarístico es *“centro y raíz de la vida del presbítero”*.

3.- Es, pues, ocasión de revisar, en clima sereno de oración, nuestra celebración y presidencia de la Eucaristía. Porque entre otras razones, hace años pudimos escuchar afirmaciones que en la práctica rebajaban la Eucaristía y en muchos fieles sigue hoy activo el incumplimiento del deber y el derecho de la Eucaristía. Porque es también un derecho, ya que tenemos *derecho a vivir*. Y la Iglesia vive de la Eucaristía.

Es motivo de revisión porque, otras veces hemos hecho una *“reforma litúrgica”* de la Eucaristía que se centra en aspectos formales: el altar, el ambón, la lengua, cantos en ocasiones desacertados e impropios, espontaneidades, que poco tienen que ver con el sentido del misterio que celebramos, o con la participación interior de que habla el Concilio y a la que muchos no hemos llegado todavía después de cuarenta años.

4.- Me refiero también, como veis, a nosotros, los sacerdotes. ¡Cuántas veces hemos hablado y recriminado, de modo profético, el culto vacío y sin sentido de muchos fieles! Es también tema de la lectura de Isaías en el Adviento. Hemos recordado a la comunidad dichos y quejas duras formuladas por los profetas del Antiguo Testamento. Ellos llegan a afirmar que Dios repudia ese culto. “Me da asco”. Algo que no podemos afirmar de la Eucaristía, pero sí, tal vez, de nuestro modo de celebrarla.

Hacer esta oración nos atañe, como escuchar la voz de los profetas. Pero la pregunta urgente y específica para nosotros es: *¿Cómo la presidimos? ¿Con qué actitudes presidimos la Eucaristía?* En este rato de oración personal os invito, en primer lugar, a confesar y reconocer de corazón las posibles actitudes negativas y repetidas, que afectan a nuestra presidencia, algo que se nos ha confiado como gracia y servicio, por la ordenación sacerdotal. Hemos sido ordenados para servir a la Eucaristía y a la comunidad con la presidencia en el Nombre del Señor. En un segundo momento, acogeremos con gozo y gratitud las actitudes positivas y creativas que significa y realiza nuestra presidencia. Es el modo singular que tenemos nosotros de vivir la Eucaristía.

1.- *Algunas actitudes negativas*

- Una actitud negativa es no *prepararnos* para celebrar y presidir la Eucaristía. A preparar una reunión dedicamos tiempo, estudio, buscamos medios. A la Eucaristía nos acercamos, a veces, sin momentos de preparación consciente y humilde. Improvisamos. A veces también ni los textos están buscados. Algo así es estar cerca del “funcionario”, calificativo del que nos quejamos con amargura, cuando lo escuchamos, pero que, en muchas ocasiones, damos pie para pensar de este modo de nosotros.

Cada Eucaristía es un *acontecimiento único*, en el que quien actúa es Cristo, el Señor, es la Santísima Trinidad.

- Otra actitud negativa, causa de la anterior, es no *profundizar* con la gracia, la oración y el estudio, el hondo sentido, permanente y actual de la Eucaristía. ¿Qué fue para Jesús la Eucaristía? ¿Qué sentimientos vivió y expresó? Jesús reservó la institución de la Eucaristía al final de su vida. “*Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*”. Eso ocurrió en la cena, dice San Juan.

La Eucaristía es la culminación de su vida, es el fin y el final de la Encarnación, es el término de su misión y vuelta al Padre, como recuerda el mismo San Juan. El Señor vio anticipadamente aquella noche, la noche de la cena y, cuando llegó el momento, le hizo exclamar: “*Cuánto he deseado celebrar esta cena con vosotros*” (Lc 22,14-15)

Celebrar hoy la Cena del Señor no es un rito, no puede ser una acción rutinaria y de prisa. Es un acontecimiento de primera magnitud. Presidir la Eucaristía en el Nombre del Señor, como he dicho, es algo estremecedor, porque es hacer presente por nuestro ministerio al Señor en el momento en que se entrega, entrega su vida. Lo hizo voluntariamente. “*Voluntariamente aceptó su Pasión*”. Lo hizo una vez y dura para siempre. Cristo así nos hace contemporáneos suyos, nos introduce en aquel momento, que dura hasta hoy y hasta que Él vuelva.

- En tercer lugar nuestra presidencia, a veces, se convierte en un *protagonismo inmaduro, contradictorio*, incoherente. La comunidad no es del presbítero. Ni lo es la Eucaristía, aunque no pueda celebrarse sin él. Es de Cristo; hacemos presente a Jesucristo, pero no lo suplantamos, no lo eliminamos. Como luego diré, lo nuestro es *transparentar* a Jesús en la cruz, ahora muerto y resucitado por la fuerza del Espíritu, transparentar a Jesucristo, Señor sentado a la derecha del Padre, verdadero intercesor nuestro ante Él. A veces, como si quisiéramos atraer la atención hacia nosotros, que nos miren, que celebren nuestras novedades. Pero el presidente debe dirigir la atención de la comunidad hacia Cristo, al Señor, allí presente; a quien deben ver de verdad en el sacerdote es a Cristo, a Él deben mirar.

- Quiero terminar con otra actitud negativa en muchos de nosotros. Es ésta: ¿Cuántas veces *damos gracias* con humildad sincera, con emoción, con gozo, por este servicio inimaginable que se nos confía? A veces reflejamos superficialidad

incongruente. ¿Cómo vivimos esta presidencia “*in persona Christi*”? ¿Respiramos alegría y esperanza, gratitud, adoración, en la celebración y después de ella?

Es verdad que Jesús se hará presente, a pesar de la indolencia de muchos de nosotros, pero es duro poder escuchar o tener que escuchar: “*En esto no os alabo ni puedo hacerlo*”. No me satisface vuestra actitud. Celebráis lo más santo con rutina, sin alegría, sin entusiasmo, con prisa, sin emoción, ajenos a lo que hacéis presente y lejos de quien hacéis presente. Me duele, dirá Dios, de algunos de nosotros.

Completad, si lo veis conveniente, la lista de lo negativo. Se está hablando de algo tan vital para la Iglesia y para el mundo. Nada, nada es comparable a la Eucaristía. Por eso, para esta oración, os propongo también detenernos un momento para admitir y confesar las actitudes negativas de nuestra presidencia.

Interrumpimos. Hacemos un rato de oración ante el Santísimo. Es llamada a la conversión propio también de Adviento. ¿En qué debo cambiar al presidir la Eucaristía? ¿Os sirven estas indicaciones de actitudes que denunciamos? ¿Qué es para mí presidir la Eucaristía?. Ante el Señor lo contemplamos. Es momento de sinceridad, de conversión.

2.- *Actitudes positivas*

Recuerdo algunas de ellas, que van adheridas a la presidencia. Por eso, ahora os encargo que *pidamos tener los sentimientos de Cristo* (Cf. Fil 2). Nos confía el Señor presidir la Eucaristía, hacerlo presente a Él en medio de la comunidad, en la celebración del sacramento desbordante de su amor al mundo. Bien pensado, produce vértigo, mucha humildad presidir la Eucaristía, el gran acontecimiento eclesial y cósmico, que recuerda y realiza nuestra salvación y liberación. ¿Con qué sentimientos celebró Jesús la Cena? ¿De qué ardía su corazón? Eso nos toca revivir para la comunidad, y acercarnos con sencillez y verdad a esos sentimientos.

De la presidencia de la Eucaristía mana irresistible un torrente de vida y de dinamismo, y es fuente abundante e inagotable de *nuestra espiritualidad sacerdotal*. Son extraordinarias las palabras cálidas de San Juan de Ávila a los clérigos de Córdoba.

Se emociona el Santo, los alienta, los quiere sacar de la rutina a la admiración, de la inconsciencia y superficialidad al entusiasmo y agradecimiento. “*Somos relicarios de Dios*”, decía. Por eso hemos de detenernos a mirarnos de pies a cabeza. Nos compara a la Virgen María, que trajo a Dios a su seno. Nosotros lo traemos a nuestras manos y en ellas nace. Y llega a usar esta expresión original y verdadera: “*Somos, a modo de decir, criadores de Dios*”. Y todo esto, concluye él, “*pide de nosotros santidad*”. Una santidad, que nace de presidir la Eucaristía. No podemos acelerar el paso, cuando meditamos en ello. De San Juan de Ávila es también la anécdota, que hemos repetido. Era un sacerdote que celebraba con ligereza la Eucaristía. A él se acercó a decirle con caridad: “*Trátalo bien, que es Hijo*

de Buen Padre". Y a otro que, terminada la Eucaristía, se marchó con prisa, sin dar gracias detenidamente, le envió dos monaguillos con velas encendidas, para acompañar al Santísimo, que llevaba en su corazón. Había que ver al Santo celebrar la Eucaristía. Y nos haría bien releer y escuchar sus sermones sobre la Eucaristía.

Presidir la Eucaristía. Hagamos hueco para una oración agradecida y honda, llena de admiración, de humildad y de compromiso, para acoger esta *gracia de la presidencia* y dejarla crecer en nosotros. Al menos en este rato, por mi parte, os invito, con todo interés, a ahondar con gozo en este servicio, que de nosotros depende.

De nuevo, ¿cuáles eran los sentimientos de Jesús en aquella noche imborrable? Al revestirnos para celebrar la Eucaristía, debemos tener mucho cuidado de guardar silencio y, como decía San Pablo, revestirnos de Cristo y de sus sentimientos. Os recuerdo algunos de ellos, que leo en el Evangelio. Así entiendo que presidió Jesús:

1.- San Juan destaca el *amor*. Al sentarse a la mesa nos estaba amando hasta el extremo. Un amor deslumbrante e inmerecido. Impensable por nosotros. Jesús en medio de los suyos estaba poseído por un amor indecible. Toda su vida fue amor. Ahora, a la mesa, los datos fehacientes de este amor son un pan, que Él mismo rompe y reparte, su Cuerpo, que entrega a la Iglesia y al mundo y por él. Y su sangre, que se está derramando por ellos, por todos los hombres, para el perdón de los pecados.

En el corazón de Cristo sólo hay amor. Amor a los Apóstoles, sus amigos, que son la Iglesia, amor al mundo entero de todos los siglos, amor a los pecadores en los que está pensando. "*En la Eucaristía Jesús nos entrega su amor*", repite el Papa Benedicto XVI.

En otra cena, que Él presentó en una parábola, Jesús habló de salir a los caminos y a las encrucijadas, habló de invitar a los lisiados, a los ciegos, y a los cojos, a los pobres. Como en toda su vida, como en otras comidas, Jesús hará patente su amor a todos, y que su preferencia eran los pecadores y los pobres. Se le acusará fuertemente de que ha sido capaz de comer con los pecadores y excluidos. Y ya conocemos qué quiere decir comer, comer con los pecadores. Eso afirma la sangre que se derrama por muchos, "por todos", dirá S. Pablo. Jesús, que preside la primera Eucaristía está rebotando sin medida amor, misericordia y salvación.

La presidencia de la Eucaristía es para nosotros un manantial y una exigencia de *caridad pastoral*, del pastor que llega a dar la vida por las ovejas. Es exigente presidir la Eucaristía, presidir la caridad, presidir el amor de Cristo. Por eso, presidir la Eucaristía de un modo responsable y gozoso debe suponer cada vez en nosotros una explosión de amor a la comunidad, a los alejados, a los pobres, inmigrantes, al mundo. Quien no ama o no quiere amar así no preside dignamente la Eucaristía, no debería presidirla. ¿Qué hay en mi corazón, cuando voy a presidir y presido la celebración de la Eucaristía? ¿Dejo traslucir el amor de Cristo? ¿Llevo a ella mi vida

entregada? Es muy serio y gozoso presidir el amor de Cristo y el amor, distintivo de la comunidad.

2.- El amor de Cristo, también en San Juan, tuvo una expresión gráfica y verdadera, sorprendente, les cogió de sorpresa a los Apóstoles, humanamente inaceptable. Fue el *lavar los pies a los Apóstoles*. Es un estilo de presidencia divino, enteramente nuevo.

Mientras cenaba, se levantó de la mesa, dice San Juan, se despojó de su manto, tomó una toalla y una jofaina con agua y doce veces se arrodilló, doce veces lavó los pies y los secó, doce veces se levantó. Lavó los pies a Pedro y ¡se los lavó a Judas! Después volvió a la mesa, a presidir la cena. Y comenzó una larga conversación que empezó con estas palabras: “Ahora os toca a vosotros el lavar los pies. Os dejo a vosotros la toalla y la jofaina”.

Viene a decir Jesús que presiden bien los que saben servir y colocarse en el último lugar, como Él, que no vino a que le sirvieran sino a servir. Esto no se puede leer ni escuchar de prisa. Hay que dejar hueco para que empape bien nuestra vida. Como veis, nos atañe en directo a los que nos llaman sacerdotes. Nos resuenan siempre aquellas palabras de Jesús en medio de los Doce: “*¡No será así entre vosotros!*” ¿Lo oímos bien? Nunca será así entre vosotros. Mis sacerdotes. Nunca.

Hoy lavar los pies el día de Jueves Santo es fácil, porque además, ya se ha tenido buen cuidado de lavarlos previamente. Pero a lo largo del día hay muchas ocasiones para lavar los pies. Jesús nos confió el oficio de “*pastor*”, también de “*pescador*”, y en la Cena inventó el oficio de “*lavador de pies*”, y se lo encomendó a los Apóstoles. Como si el Señor nos preguntara, cuando vamos a presidir la Eucaristía: ¿Has lavado ya los pies? ¿A cuántos has lavado los pies hoy? De la sacristía al altar hay un camino, a veces largo, y es necesario recorrerlo con una palangana y una toalla. Sólo así se preside al estilo de Jesús. Nada os digo de mi cuenta. Así la presidencia de la Eucaristía perfila nuestra existencia de pastores, la caridad pastoral se hace servicio real. ¡Qué grande es un sacerdote que lava los pies!

3.- Otra exigencia de la Eucaristía es el *despojo* previo. A los primeros cristianos les produjo una honda admiración y emoción recordar la historia de Cristo, desde los comienzos, y lo expresaron en un himno que repetían: “*Se despojó de su rango. Pasó como uno de tantos*”. Se despojó de su condición divina, se dejó ejecutar en la cruz de los malditos. Es verdad que el canto termina con un aplauso cerrado: “*¡Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre y su Nombre-es sobre-todo-Nombre!*”. En la Cena Jesús se despojó de su manto, se despojó de su vida, se despojó de su figura humana. Aquí “*late su divinidad y late aquí también su humanidad bajo la figura del pan y de la sangre*”. Despojo total.

Es otra clara indicación del estilo de presidencia de Jesús. Es una interpelación serena y urgente, altamente liberadora, que Él nos dirige a los sacerdotes, que presidimos la Eucaristía. Para celebrar la Eucaristía nos despojamos de las vestiduras normales. Y nos revestimos de Jesucristo, como

decía San Pablo, tenemos sus sentimientos, no los nuestros. Ésta es una actitud y cualidad del sacerdote que preside, es una actitud de su servicio y ministerio.

¿Qué nos dice ser un hombre despojado el sacerdote? ¿Son exageraciones o moralismos? Lo cierto es que la ordenación sacerdotal nos desnuda, es como un despojo. Voy a escribir y pronunciar unas palabras que sólo con estremecimiento, con gratitud y mucha humildad se dicen: *¡In persona Christi!*. Los profetas se sabían y sentían invadidos del Espíritu Santo. El sacerdote está invadido de Cristo. Cristo nos usurpa. ¿Nos lo creemos? Hay momentos en que pierdo mi persona: “Yo te perdono”. ¿Cómo me atrevo a decir: “Esto es *mi* Cuerpo? Es inmensamente gozoso y es extraordinaria nuestra responsabilidad.

Por eso, una pasión tiene el sacerdote y es *hacer ver a Cristo*. Hacerlo ver en la presidencia de la Eucaristía y hacerlo ver en el servicio y en la misericordia de cada día. En varios libros he visto escrito que se trata de *transparentar* a Cristo, de dejarlo ver. Ya entendéis cuánto despojo supone esta presidencia.

Por señalar un aspecto concreto, esto nos exige renunciar a algo que nos cuesta dejar. Me refiero a nuestro *protagonismo* inexplicable. Como antes dije, no somos dueños de la liturgia, que es de toda la Iglesia. No somos dueños de la comunidad. No es a nosotros a quien deben mirar, aunque nos vean a nosotros. No es de nosotros de quien primero tiene que hablar. Nuestra presidencia, como toda nuestra vida, es una señal sobre fondo azul, que indica sentido obligatorio, quiero decir, la señal de mi vida marca a *Jesucristo*. Es hacerlo cercano. Está aquí y ahora por mi presidencia para la Iglesia, para la sociedad, para hacer visible la misericordia. Él ha de crecer y yo, menguar.

Como bien entendemos, salir a presidir la Eucaristía pide de nosotros mucho gozo e inmensa gratitud, que sólo se viven y expresan bien con mucha sencillez y humildad, con nuestro despojo. Porque, ¿quién es digno de presidir la Eucaristía? ¿Cómo soy capaz de hacerlo con ligereza? ¿A qué voy al altar? ¿Con qué derecho lo hago? Sé cierto que, por mi parte, mi actitud y mi sacrificio es un corazón contrito y humillado, que Dios nunca desprecia.

Es otro rasgo para nuestra configuración sacerdotal.

4.- *Proclamar la Palabra* y entregarla es otra tarea de quien preside la Eucaristía. Es propio del ministerio y servicio del sacerdote, sobre todo, cuando preside.

El pueblo tiene derecho a pedir la Palabra de Dios de labios del sacerdote, recuerda PO. Cuando fuimos ordenados diáconos, ya se nos entregó con todo cuidado el Evangelionario y lo acogimos con las dos manos. Somos los hombres de la Palabra de Dios.

En la larga historia de la Iglesia son incontables las indicaciones, que nos recuerdan el deber de ser cuidadores, *servidores* de la Palabra de Dios. Un servicio que, para ser adecuado, requiere de nosotros *acoger* la Palabra, *comerla* y *digerirla*,

creerla, hacerla vida, o dejarla a ella hacerse vida en nosotros, tener experiencia personal de que es salvadora y es vida.

Cultivamos la Palabra, como una semilla, que es, decía Jesús. Cada día tiene un hueco digno en nuestra agenda. La *oramos* con devoción, y nos prepara para presidir la Eucaristía. Es verdad, el buen sacerdote, pastor, está marcado por la Palabra, y la rezuma. Es meditarla. Realizar la *“lectio divina”*.

En nosotros, sobre todo, tiene también el objetivo de *entregarla* a los fieles, que nos la piden. Entregar la Palabra del Señor y no nuestra palabra. Y recordaba San Pablo que hemos de entregarla *entera*, sin reduccionismos, sin arrancar páginas, sin *adulterarla* tampoco, con mezclas indebidas o espurias.

Los Apóstoles entendieron que ellos debían entregarse de lleno a la oración y al servicio de la Palabra.

También esto nos lo pide la presidencia de la Eucaristía, que tiene dos mesas, una de ellas es la Palabra, que nos acerca al altar y al Pan de vida. Ninguna Asamblea se celebra sin hacer oír la Palabra de Dios y el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

5.- Hay dos gestos que van unidos a nuestra presidencia y que sólo nosotros hacemos. Uno es tomar el pan en nuestras manos y coger el cáliz con las dos mismas manos. El otro es levantar en alto el Cuerpo y la Sangre del Señor mientras rezamos o cantamos: *“Con Cristo, por Él y con Él”*. Dos gestos que marcan nuestra presidencia y todo nuestro ministerio.

- Primero, *tomar el pan entre las manos y coger el cáliz*. Tomar a pulso y junto al corazón todo el amor de Cristo y mostrarlo a la comunidad y al mundo. Pronunciar antes palabras santas, que piden labios puros, y un corazón verdadero. Prestar la voz a Cristo, que habla Él mismo por nuestra boca. ¿Qué acontecimiento es éste? Y ocurre a diario. Hacer presentes los mismos gestos y traer las mismas palabras de Jesús. Hacemos presente el amor y la misericordia de Dios. Me cuesta escribir estas líneas y doy gracias al Señor, porque tantos miles de veces Él ha hablado por mí, como le pido perdón por mi superficialidad y precipitación, por mi ligereza al pronunciarlas.

“Esto es mi Cuerpo. Esta es mi sangre”. ¿Qué estoy diciendo? Jesús está invadiendo mi persona. Es verdad que son palabras ciertas y una realidad verdadera para la Iglesia y el mundo. Y ocurre hoy y ahora por mí. No se puede escribir sin emoción y gratitud. El P. Chevrier pensaba para él y para todos nosotros que el sacerdote es un hombre “comido”, que se deja comer. Eso pide pronunciar hoy estas palabras del mismo Cristo, por mi voz, por mi persona.

Somos dadores de Cristo también a un mundo alejado y de espaldas, “enemigo” de Dios, lo llamaba San Pablo. La respuesta permanente de Dios a la indiferencia u hostilidad de los hombres es seguir entregando a Cristo. De ello somos testigos excepcionales los sacerdotes. Esa fue la vida entera de Jesús. Para dar este testimonio, sobre todo, existimos los sacerdotes. Tenemos el encargo de

hacer presente la reconciliación y el perdón de Dios, ofrecido a los hombres, y el encargo de alimentar a la comunidad y de alentar, también con la Eucaristía, su fe, la esperanza y su amor.

Pero en el pan y en el cáliz hay algo más. Jesús, el Siervo de Dios, que vive en la Eucaristía, cargó sobre sus hombros magullados el dolor de todos los hombres. *“Varón de dolores, sabedor de nuestras dolencias... Eran nuestras dolencias las que Él llevaba y nuestros dolores los que soportaba. Fue herido por nuestras rebeldías”* (Cf. Is 53, 3.4.5). Quiero decir que nuestra presidencia está marcada a fuego también por nuestra solidaridad con el mundo del dolor humano.

Conocemos rostros, familias, nombres propios. Es también el dolor del odio, de la guerra, del terrorismo, del hambre, de todas las enfermedades; el dolor de las injusticias y desigualdades, el dolor de la mentira y de la hipocresía. El dolor del Evangelio rechazado, el dolor sangrante de la indiferencia, de la oposición frontal a la fe, a la Iglesia, a Dios.

Debería pesarnos mucho el cáliz, cuando lo alzamos con las dos manos con respeto y devoción. ¡Qué riqueza sostienen entonces nuestras manos! Y ¡cuánto dolor!. Para presidir correctamente la Eucaristía hacen falta brazos robustos, un corazón dilatado y misericordioso. Es corazón del pastor. Esto se vive presidiendo la Eucaristía.

- El otro gesto es el final impresionante y sencillo de la plegaria eucarística. El sacerdote que preside, y sólo él, aunque lo hace en nombre de la Iglesia y de la comunidad, levanta al cielo la patena con el Cuerpo de Cristo y el cáliz con la Sangre del Señor y reza o canta, sólo él, una honda doxología: *“Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios, Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria”*. Es el broche final de la Eucaristía. El pueblo responde con un ¡amén! rotundo.

Cada preposición de este canto ha sido estudiada, explicada, detallada por estudios y exégesis profundas. Son preposiciones muchas veces repetidas por San Pablo. Cristo es todo. Cristo en todo. Todo en Cristo. Por Él hay vida en este mundo, libertad verdadera, hay verdad y hay esperanza. Con Él caminamos, no somos huérfanos o una comunidad de abandonados. En Él vivimos la plena dignidad del hombre y en Él existimos. En Él somos hijos de Dios y el mundo tiene futuro. ¡Cómo resuenan cantos y profesiones de fe de los cristianos en el Nuevo Testamento! Cristo, síntesis de todo. *“El mundo es vuestro, decía San Pablo, vosotros de Cristo y Cristo de Dios”*.

Termina la anáfora y lo que nos sale del corazón es una explosión de gloria y alabanza al Padre y al Espíritu: *“Todo honor y toda gloria”*, como resuena también en tantos cantos del Apocalipsis, en la liturgia del cielo. De este mundo, con zonas hediondas, aturdido y encerrado, sin memoria de Dios y engraido, las manos del sacerdote levantan hasta el Padre y hasta el Espíritu el buen olor de una alabanza sincera y verdadera, el reconocimiento de su señorío salvador, la obra redentora de Cristo, hacemos memoria de Él.

Me impresionan esos segundos densos de cada día. En las horas de cada jornada hay unos segundos imborrables. Con la comunidad y con la Iglesia y por el mundo entero, lo expresa con fuerza y seguridad cada sacerdote. Segundos necesarios. Segundos sin prisa.

Y me impresiona también que, tal vez, no hay ni ha habido en la historia de la Iglesia un espacio de tiempo en que en alguna parte del mundo no haya sacerdotes levantando el Cuerpo y la Sangre del Señor, con el canto al Padre y al Hijo por el Espíritu. Porque es también un canto a Jesucristo, que siempre buscó la gloria del Padre. Se abajan unas manos de sacerdote y se alzan otras. Es un canto de esperanza. En el mundo se deja oír una voz clara, ininterrumpidamente, de reconocimiento al Padre y al Espíritu por Cristo, en medio de tanta lejanía y rechazo y hasta blasfemia.

Y a nosotros, presbíteros que presidimos, nos queda la síntesis luminosa de nuestra vida y de nuestro ministerio. Es solo Cristo, es con Él, es por Él, es en Él. Así nuestra vida da gloria verdadera al Padre y al Espíritu. Así nos acercamos con amor a los hombres y los servimos. Es, sin más, es ser sacerdote. Lo vivió de este modo San Pablo. Es otro rasgo de nuestro ministerio.

6.- *Convocar*

Me estoy alargando y el tema se queda incompleto y sobrepasa la contemplación. Dejo el completarlo en vuestras manos y en vuestro corazón. Dejadme, para terminar, hacer una alusión a un servicio propio de nuestra presidencia, como es *convocar*.

Convocar es el nombre de la Iglesia: "Ekklesia". Convoca el Padre. Convocar fue tarea de Cristo, derribar muros, y hacer de todos los pueblos

uno solo: la Iglesia, que es su Cuerpo. "*Reunir a los hijos dispersos*", pedimos en la Eucaristía. También en esto prestamos nuestra voz al Padre, al Hijo, al Espíritu, porque sale de la Santísima Trinidad esta llamada urgente, este deseo ardiente que se vive en cada Eucaristía, con nuestra presidencia.

Convocar es, muchas veces, salir a llamar al banquete. Pensamos espontáneamente en los de casa y han de saberse convocados. Pero el Padre hace banquete por un hijo que vuelve destrozado y maloliente. Porque la Eucaristía es el fin de la misión, a la Eucaristía están invitados los pobres, los lisiados, los de mala fama, los que no cuentan. ¡Cuántas comidas de Jesús con ellos!. No fue una sola vez. Ya lo hemos recordado.

Y es que la Eucaristía nos convoca y nos da fuerza para la *misión*. El misionero sale alimentado y repleto del amor, de coraje, de entusiasmo. "*Id, id en paz*". Salid por los caminos, porque la mirada compasiva de Cristo es al mundo y a los cinco continentes. La última cena, como os decía, tuvo muchas comidas previas, con invitados fariseos, publicanos, pecadores, gente de los caminos. ¿Quién ha invitado a los que no cuentan? "*Que se llene mi banquete*", decía el rey. No hagamos corta la lista de invitados. No olvidemos a los marginados, a los

emigrantes. “*Por todos los hombres*”, repite en cada Eucaristía Jesús. Que llegue el día en que a nuestros templos lleguen los lisiados y los pobres. Pedimos que la Iglesia sea un recinto de hospitalidad y de esperanza para el mundo.

¡Cuántas veces, en la celebración, extendemos los brazos en señal de acogida! Esta es la actitud del que preside, a imitación de Cristo

Convocamos, por eso, para la *comunión*, que está unida a la misión. La comunión verdadera es siempre misionera. Pero sólo desde la comunión se legitima la misión, que, además, termina en la comunión. Este es el círculo rico de sentido y de verdad.

Comulgar con el Cuerpo de Jesús, comulgar con Él, es ser fortalecidos para formar entre nosotros un solo cuerpo y tener un mismo espíritu. Es el dinamismo normal de comulgar y de celebrar la Eucaristía, fortalecidos por el Espíritu.

La comunión de todo el presbiterio, la comunión de todos los movimientos apostólicos, asociaciones, grupos, de las comunidades de vida consagrada, de todos los ministerios, servicios y carismas, de todas las edades. Comulgar con Cristo es hacer Iglesia.

Lamentablemente el mundo está hondamente dividido y destrozado. Más lamentablemente muchas de nuestras Iglesias y comunidades están troceadas. Cómo pidió el Señor nuestra unidad, que seamos uno, como la Santísima Trinidad, fuente y matriz de la Iglesia. Uno, como es su Cuerpo. Convocados para ser uno, para salir de la Eucaristía, a la misión a buscar.

Esta es una comunidad robustecida en su fe y adhesión a Cristo y a la Iglesia, comunión y misión; una comunidad alegre en la esperanza, alimentada a diario, -el pan de cada día,- con el pan del amor y del servicio. Una comunidad con el coraje y entusiasmo de la misión. Con el gozo de la presencia de su Señor. Fuerte también ante la contradicción. Esta es la comunidad de Jesús, que Él nos confía y nos confía el servicio de presidirla como sacerdotes y pastores.

Conclusión

Id a orar. Poco valen mis palabras. Releed los relatos de la Eucaristía. Revivid el momento de la ordenación. Aquel día se nos confió la Eucaristía y se nos capacitó para presidirla, con mucho gozo y con enorme humildad, en el Nombre de Jesús y en su persona.

Al orar sobre la Eucaristía, nuestro servicio original y específico es presidirla, sin dejar de ser discípulos. Si nos duelen nuestras posturas indolentes y superficiales, nos alegra y se ensancha nuestro corazón al comprobar que la presidencia, con los sentimientos de Jesús, configura nuestro ministerio, le da sentido. “*Me encanta mi heredad*”.

La presidencia nos habla de amor, amor paciente y misericordioso, de caridad pastoral. Nos invita a servir y a lavar los pies, tarea del que preside. Nos confiere el honroso título de “servidores”; siervo de Jesús, se llamaba San Pablo. Nos llama a despojarnos, para transparentar a Jesús. Lo hacemos también cuando proclamamos su Palabra, que es vida. Cogemos además en nuestras manos el Cuerpo entregado y resucitado de Cristo y sentimos el peso del cáliz rebosando el amor desmedido de Cristo y el dolor del mundo entero. Convocamos para la comunión y la misión necesaria. Es decir, para hacer, con el Señor, su Iglesia en este mundo. Y nuestra síntesis y última palabra es *Cristo, con Él, por Él y en Él.*